

UNA VISITA A DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL

Es una mañana de otoño del año 1927. Nos encontramos en los terrenos alfombrados de amarillo de la Facultad de Medicina de San Carlos en Madrid. A paso apresurado nos dirigimos hacia la Cátedra de Histología Normal y Anatomía Patológica. Queremos entrevistar al hombre, mitad genio, mitad coloso, que se inició en la investigación científica con un modesto microscopio comprado a plazos y a quien corresponde actualmente el mérito de haber echado las bases del conocimiento sobre la arquitectura del sistema nervioso. Este hombre, a quien las revistas, periódicos y alumnos llaman sabio, y cuyas interesantes contribuciones al estudio del sistema nervioso se traducen a todos los idiomas, es miembro honorario de las corporaciones científicas de mayor renombre internacional.

¿Motivo de la entrevista?... Fortalecer nuestra afición por las tareas de laboratorio.

Es un caballero entrado en años, de figura un poco encorvada, de pelo escaso y barba abundante. Su laboratorio es modesto. Un ligero vistazo nos muestra su microscopio de luz de mediano tamaño, un pequeño microtomo Reichert de Schanze y gran cantidad de reactivos y material colorante. El sabio nos sorprende en la inspección minuciosa, y antes de formularle pregunta alguna, comenta en tono de paternal consejo: "Existen dos tipos de ciencia. Una dispendiosa, aristocrática, cuyo culto exige templos suntuosos y ricas ofrendas; y otra barata, casera, democrática, accesible a los más humildes peculios. Y esta Minerva de los humildes muéstrase singularmente propicia: en su bondad acoge mejor las flores de la meditación intensa que aparatosas y regias hecatombes. Hay además un noble orgullo en triunfar con pobres medios: el orgullo de la elegancia y de la sobriedad. Por otra parte, nada realza mejor la enérgica personalidad del investigador, distinguiéndola

de la caterva de trabajadores automáticos, que aquellos descubrimientos donde la voluntad y la lógica dominan el mecanismo, y para los cuales el cerebro es casi todo y los medios materiales casi nada".

La investigación científica es una escabrosa senda llena de dificultades y preocupaciones que nos guía hacia un delicioso valle. Teniendo esto en mente, nos animamos a preguntarle al Maestro:

—¿Cuáles son, en su opinión, las cualidades de orden moral que deben alentar al investigador?

—Una de ellas es la independencia mental —dice— ante la obra de sus predecesores y maestros. El investigador no debe permanecer suspenso y anonadado, sino receloso y escudriñador.

Su lenguaje se hace rústico y llano cuando agrega: —¡Desgraciado del que en presencia de un libro, queda mudo y absorto! La admiración extremada achica la personalidad y ofusca el entendimiento, que llega a tomar las hipótesis por demostraciones, las sombras por claridades. La perseverancia en el estudio —continúa— debe ser otra de las cualidades del investigador. Esto es, la orientación permanente durante meses y aún años, de todas nuestras facultades hacia un objeto de estudio. Para llevar a cabo una investigación científica, una vez conocidos los métodos conducentes al fin, debemos fijar fuertemente en nuestro espíritu los términos del problema, a fin de provocar enérgicas corrientes de pensamiento. Es decir, asociaciones cada vez más complejas y precisas entre las imágenes recibidas por la observación y las ideas que dormitan en nuestro inconsciente; ideas que sólo una concentración vigorosa de nuestras energías mentales podrían llevar al campo de la conciencia.

Hace una breve pausa y, como queriendo hacer mayor énfasis en sus palabras, agrega: —Esta especie de polarización cerebral con relación a un cierto orden de percepciones, afina el juicio, enriquece nuestra sensibilidad analítica, espolea la imaginación constructiva y, en fin, condensando toda la luz de la razón en las negruras del problema, permite descubrir en éste, inesperadas y sutiles relaciones.

A medida que transcurre la entrevista, sus células nerviosas parecen tonificarse y algo sublime parece invadirle cuando comenta: —Entre los sentimientos que deben animar al hombre de ciencia, merece particular atención el patriotismo. El científico ansía siempre elevar el prestigio de su patria. Representan-

do la Ciencia y la Filosofía las categorías más elevadas de la actividad mental y los dinamómetros de la energía espiritual de los hombres, compréndese bien el noble orgullo conque las naciones civilizadas ostentan sus filósofos, matemáticos, físicos, naturalistas, inventores. Todos cuantos, en fin, supieron enaltecer el nombre sagrado de la patria.

—¿Quiere decir acaso que la Ciencia tiene patria y que puede existir una Ciencia nacional?

—La Ciencia —responde— no tiene patria y esto es exacto; mas, como contestaba Pasteur en ocasión solemne, “los sabios sí que la tienen”.

Nuestro interlocutor prosigue: —Sin duda al investigador le alientan las aspiraciones y le mueven los mismos resortes que a los demás hombres; pero existen dos que obran con desusado vigor: el culto a la verdad y la pasión por la gloria. Con todos estos atributos correría el riesgo de fracasar, si no posee además un decidido gusto por la originalidad científica.

Sobre una de las paredes del laboratorio cuelga un cuadro, dibujado a tinta china, de marcados matices subrealistas. Indagamos al Maestro sobre su significado. Este esquema —nos dice— es el arreglo estructural de la retina de las aves.

Reflexionamos sobre su dedicación al estudio de la estructura del sistema nervioso, y preguntamos:

—¿Cree usted que el investigador debe ser un especialista?

Mueve la cabeza afirmativamente y contesta: —Constituye una pretensión quimérica el intento de dominar varias ciencias, especialmente cuando vemos a hombres de verdadero genio e infatigable laboriosidad, resignarse, a fin de poder cosechar algunas verdades, al conocimiento profundo de una rama del saber; y a menudo al de un tema concreto de una ciencia determinada. Los entendimientos inquietos, dispersivos, indisciplinados e incapaces de fijar mucho tiempo la atención en una sola idea, pueden formar al caer en el escollo de la enciclopedia, grandes literatos, conversadores deliciosos, oradores insig-nes. Rara vez, descubridores científicos.

Nuestra conversación se ve interrumpida momentáneamente por la llegada de varios de sus discípulos. Uno de ellos, el Dr. Tello, nos muestra orgulloso los manuscritos de la novena edición

del libro "Elementos de Histología Normal y de Técnica Micrográfica". Esta labor —dice— resume cincuenta años de trabajo infatigable del Maestro. Su obra —agrega— puede constituir la base de una Histología Española. Esta última frase parece revelar el sentido admirable de la religión a la patria en la escuela de Cajal.

La imagen del grupo científico nos ha hecho recordar nuestro medio científico; la necesidad de formar una generación cada vez más creciente de científicos venezolanos.

—¿Cuál debería ser la conducta a seguir para la formación de científicos jóvenes en el Extranjero?

—El método del becado en el exterior sólo puede rendir frutos suficientes, cuando se le aplica en grande escala, sin timideces ni recelos. La duración de este pensionado debe ser de tres años o por lo menos dos. El candidato a pensión debería poseer conocimientos sólidos en matemáticas, física, química, historia natural, lenguas vivas y filosofía. Sin embargo —agrega— no basta escoger la élite de la intelectualidad, transportándola de golpe a los centros científicos del extranjero. Es preciso crear antes un ambiente de transición; es decir, adocinarla moral y técnicamente para que la acomodación al nuevo medio cultural se efectúe sin riesgos. Y es además indispensable proporcionar a los mejor adaptados a dicho ambiente, al regreso, los recursos necesarios para proseguir la obra emprendida; y evitar que el tipo mental tan laboriosamente creado, acabe por desdiferenciarse en la molicie, retornando como ciertas plantas cultivadas artificialmente, a la especie indígena vulgar. Ociosas serían tales iniciativas, si nuestras Instituciones estuvieran en situación de ejercitar técnicamente al candidato y si al regreso de éste, le brindaran puesto adecuado a su talento. No sucede así, por desgracia. Los establecimientos oficiales son organismos herméticos, tiranizados por el escalafón y el reglamento, y amarrados a un presupuesto rígido, donde todo está previsto, menos las sorpresas de la vida. Quiero decir, la brusca aparición de cabezas geniales y la necesidad de prestarles, rápida y oportunamente, apoyo moral y pecuniario.

La entrevista se ha prolongado. A través de las ventanas, se filtran la luz del farol madrileño y el eco sonoro de los cafés cercanos. Al retirarnos, vamos meditando sobre el genio y el diálogo. Su pasión por la ciencia, lo hace arrogante:

“Nada realza mejor la enérgica personalidad del investigador, distinguiéndola de la caterva de trabajadores automáticos, que aquellos descubrimientos donde la voluntad y la lógica dominan el mecanismo, y para los cuales el cerebro es casi todo y los medio materiales casi nada”.

O poético:

“Y esta Minerva de los humildes muéstrase singularmente propicia: en su bondad acoge mejor las flores de la meditación intensa”.

O compulsivo y rebelde:

“Los establecimientos oficiales son organismos herméticos, tiranizados por el escalafón y el reglamento...”.

O patriota:

“La Ciencia no tiene fronteras; pero los científicos, sí que la tienen”.

Dr. Orlando Castejón S.

